



## NOTICIA DE MIS BURROS Y OTROS ACAECERES

EL día penúltimo del año pasado, San Raúl, que cayó en viernes, viajé a Rute a comprobar el buen estado de ánimo y de salud física y mental de mis burros, a comer con unos amigos beneméritos y caritativos, a tomar de postre las sabias delicias que llaman piononos, a beber unas copas de anís Machaquito y a instruirme con las extraordinarias fábulas y las historias sin fin de los ruteños, a quienes los de los pueblos de los alrededores llaman maqueos por no sé qué raras leyendas del cura de Maqueda, que estaba en Cuevas de San Marcos y obró, sin darse descanso alguno, milagros increíbles y casi mágicos; los ruteños del barrio alto llaman belloteros a los del barrio bajo y éstos llaman higueros a los otros, lo que se dice aquí para dejar constancia y aunque no venga a cuento.

Mis burros vivos son cinco porque Golondrina II se me murió de un hartazón de pienso compuesto vitaminado para vacas, cosa que ya conté a su debido tiempo. Sigue terne su madre Golondrina I, quien a sus dieciséis años vuelve a estar preñada; su hija Golondrina III, hermana de la muerta, tuvo a Alondra del cruce con Carabina, macho pese al nombre en femenino, a Otelu cuando fue cubierta por Pirata y a Mariposa a resultas de sus amores con Martinete. Quizá sean también míos Alfajor, Trufona y Volvoretta, tres ruches jovencitos a los que vi retozando por la corraliza; no pude enterarme con detalle de su circunstancia porque llovía mucho y no presté demasiada atención a las explicaciones de mi cofrade Pascual.

El anís dulce se destila una sola vez, pero el seco conviene darle dos golpes y siempre, tanto en un caso como en el otro, en alambique de cobre, que le da gusto a caldera, una anomalía muy del agrado de los sibaritas entendidos; el alambique de cualquier otro material, acero inoxidable, por ejemplo, le restaría ese misterioso saborcillo. El fuego del horno se mantiene vivo con leña de olivo y de almendro, que las dos son recias y fuertes. Las materias primas del anís son naturales y admitirían mal la adulteración: agua, alcohol de melaza de caña y semilla de matalahúga o matalahúva, todo en las debidas proporciones. Hace treinta o cuarenta años se bebía más anís que ahora, se conoce que los gustos van cambiando y no estoy muy seguro de que para bien; hace treinta o cuarenta años se bebían anualmente en España unos cincuenta millones de litros de anís, dos o tres dulce y cuarenta y siete o cuarenta y ocho seco; ahora sale de las aniseras menos de la mitad, alrededor de los veintidós millones,

y las preferencias se han invertido: seco dos o tres millones y el resto dulce; es probable que en esto de las apetencias del consumidor influya mucho la competencia de la química y el empuje de las costumbres foráneas, y el anís no las admite sin delatarse.

En Rute estuve a gusto y lo pasé bien y a poco que pueda volveré a visitar a mis amigos y mis burros. Por debajo de El Espinar, la finca guadalajareña en la que vivo, o sea entre El Espinar y el río Henares, en cuyas orillas hizo la guerra Alvar Fáñez Minaya, el capitán del Cid, hay otra pequeña finca, El Guindo, que quise comprar para hacer en ella una reserva natural de burros, una reserva de cien burros en libertad y a su aire; no llegué a un acuerdo con su dueño, a lo mejor nos equivocamos los dos, y me quedé sin mis burros en la vecindad. Por eso ahora tengo que viajar muchas leguas para verlos, cosa que no me duele porque sé que están bien.

En Rute me enteré de la Guerra Santa que mantienen las Madres Mercedarias de la Caridad con don Aurelio Partera Partera, el párroco al que llaman de apodo el Quinto Polvo porque no hay quien lo eche; yo no tomo partido por nadie ya que no soy sino un mero cronista de lo que vi, pero me reservo mis simpatías. En Rute también conocí a doña Mariquilla Gálvez, la Muñeca, una dama tirando a gordita, vestida de verde, con un lunar en la mejilla y con la boca pintada en forma de corazón, y tuve ocasión de conversar amablemente con ella; a la Muñeca se le aparece el Señor todos los primeros viernes de mes en la piedra que dicen El Murciélagu, en el olivar de Valerio, que queda en las estribaciones de la sierra Horconera, en el camino de Priego de Córdoba, patria chica de don Niceto y ciudad muy famosa por sus botijos. El Señor, según dice mi amiga la vidente, se presenta aureolado por un halo de resplandor brillante muy intenso, no parpadea ni sonríe y es muy sencillo y demócrata, viste terno café, calza botines color corinto con tacón cubano, va de gorra de visera, porta bastón de junco y fuma ducados, una vez que le ofrecieron un winston lo rechazó con muy buenos modales, eso sí, pero lo rechazó. Cuando vuelva a ver a doña Mariquilla la Muñeca tengo que rogarle que me explique las cosas con mayor detalle y detenimiento, a lo mejor el Señor le transmitió algo que ella se reserva para evitar tendenciosas interpretaciones; en esto de los mensajes del más allá hay que andar siempre con pies de plomo.

Camilo José CELA

HEMEROTECA

F. MERINO SANCHEZ